

## RESCATE DE NÁUFRAGOS

PABLO ROJAS PAZ, NARRADOR Y ENSAYISTA

Antonio Requeni

A sesenta años de la desaparición de Pablo Rojas Paz, la personalidad de este casi olvidado escritor argentino representa un ejemplo singular, de perfiles literarios y humanos no muy frecuentes en nuestro medio. En efecto, pocos como él pusieron en evidencia un espíritu tan fecundo y dadivoso, a través de una veintena de libros en los que se entrelazan la novela, el cuento, la memoración de la infancia y el ambiente provinciano, la biografía y el ensayo que explora los disímiles ámbitos de la cultura. Todo ello presidido por un fresco aliento humanista e impregnado, además, por un sentimiento profundamente argentino.

El autor de *El patio de la noche* nació en Tucumán el 20 de junio de 1896. Sus padres y demás antepasados —descritos con sugestivas pinceladas en varios de sus libros— se hallaban desde antiguo arraigados en esa tierra lujosa de árboles, flores y pájaros. La familia vivía una realidad hecha de elementales costumbres en las cuales la Iglesia imponía su orientación y sus ritos. En ese medio creció Pablo, para quien el padre, sin consultar vocación o inclinaciones, había previsto el destino de sacerdote. Muchas contrariedades provocaría al progenitor ese anhelo, ya que las aficiones del niño, y del adolescente después, no parecían encajar en sus ambiciosos propósitos. Alguna vez aquel padre piadoso fue al campo de fútbol para sacar de una oreja al hijo discolo que, en lugar de cubrir su puesto en una procesión, jugaba como *back* derecho en el Club Atlético Tucumán.

Hasta que un día en que los padres hicieron un viaje a Salta para cumplir una promesa, la abuela materna, Ercilia Cainzo de Argañaraz (por quien el escritor guardaba una devoción entrañable) aprovechó para mandarlo a Buenos Aires con una carta de recomendación dirigida al director del Hospital de Clínicas. Allí emplearon al joven, quien figuraba en el presupuesto como «peón de jardín». Residió asimismo en el establecimiento —del que llegaría a ser subadministrador— y

este trabajo le permitió seguir las carreras, todas ellas interrumpidas, de Medicina, Derecho e Ingeniería. Asistió también, en la Facultad de Filosofía y Letras, a las clases magistrales de Joaquín V. González y Paul Groussac. Todas estas incursiones hablan de la curiosidad del joven tucumano, quien —voraz lector, por otra parte— iba nutriéndose así de todo lo que le interesaba. Y en ese «todo» cabían muchas cosas. Todas las existentes y aun las de existencia improbable. Dicho afán enciclopédico que se trasluce en sus obras —sin el menor asomo de petulancia— no es frecuente entre los escritores argentinos, pese a que contamos con la excepción descomunal de Leopoldo Lugones.

Conviene agregar que su fructuoso aprendizaje libresco, que nunca logró apartarlo del cotidiano aprendizaje de vivir, lo realizó solo, con la carga de su fatalismo provinciano haciéndolo sentirse más desamparado en un ambiente extraño, indiferente e implacable, en el que triunfó fortalecido por el impulso de su vocación y de su voluntad.

Un día estaba el joven Rojas Paz en su despacho del Hospital de Clínicas cuando entró de improviso el doctor José Arce, a la sazón rector de la Universidad de Buenos Aires. Al ver al moreno empleado abstraído en la redacción de unas cuartillas, le preguntó:

—¿Qué es?

Y Rojas Paz, modestamente, contestó:

—Mis cosas.

El doctor Arce volvió a inquirir:

—¿Son buenas?

Y ante el gesto vago del muchacho agregó:

—Vení a verme mañana con todo ese material a la Universidad.

Así lo hizo el bisoño literato. Poco le bastó al rector para llamar a Pablo Coni, entonces director de la imprenta universitaria, y ordenarle imprimir esas «cosas» en forma de libro. Volumen que se titularía *Paisajes y meditaciones* y que inició una colección de esa casa de estudios. El doctor Arce, pasados muchos años, se jactaba de haber descubierto al escritor tucumano. *Paisajes y meditaciones* obtuvo el tercer premio municipal cuyo importe gastó Rojas Paz comprándose un sobretodo y un abono del Colón para escuchar el ciclo completo de las Sonatas de Beethoven, que compartió con la que poco más tarde sería su esposa, Sara Tornú, hija del prestigioso médico cuyo apellido designa un hospital de Buenos Aires.

Al poco tiempo, Rojas Paz actuaba ya en los más representativos círculos literarios porteños. Trabajó amistad con jóvenes y ya promisorios escritores como Jorge Luis Borges y Brandán Caraffa, también con Ricardo Güiraldes, con quienes fundó la revista *Proa*. Las revisiones a que eran sometidos los postulados filosóficos y estéticos hicieron propicia la época para el advenimiento de una promoción renovadora, de acentos polémicos y vivificantes. Así fue como se formó el plantel «martinfierista», del que Rojas Paz sería uno de sus miembros.

El autor de *Paisajes y meditaciones* se inició en esa época como periodista, profesión que ejerció con digna autoridad hasta el fin de sus días. Entró primero en *La Nota*, donde hizo críticas de libros; allí conoció a Lugones, Giusti, Gerrchunoff y Alfonsina Storni. En 1926 pasó a *Crítica* y desde ese año fue además colaborador de *La Prensa*. También fue periodista en *Noticias Gráficas* durante casi veinte años. En *La Prensa* colaboró hasta la expropiación del diario por el gobierno peronista. Más tarde, cuando *La Prensa* reapareció, en 1956, se desempeñó como redactor, cargo que ocupaba al momento de su muerte, ocurrida el primero de octubre de ese año. Un día antes se publicaba en el suplemento dominical su cuento «El caballo ciego».

Corresponde destacar que siendo Rojas Paz un hombre tímido, no batallador por temperamento, jamás se dejó tocar e hizo lo que le parecía que debía hacer, fiel a una línea de conducta sin la cual no comprendía el ejercicio de la función literaria. La vastedad de sus experiencias culturales y humanas, y su curiosidad vocacional contribuían a que este hombre mezclado en los más dispares ambientes, se revelase como un periodista de excepción, dueño de una pluma dúctil y brillante. Una vez, al ausentarse el cronista de fútbol de *Crítica*, el director del diario le preguntó si se animaba a reemplazarlo. El escritor aceptó, y el resultado fue tan eficaz que Botana lo nombró jefe de esa sección, con retención de la jefatura de la sección bibliográfica. En dicho vespertino, Rojas Paz se convirtió en «el negro de la tribuna», seudónimo que respaldó un estilo nuevo en la crónica deportiva. Rojas Paz rebautizó a muchos jugadores con apodos que hallaron franca aceptación popular. A él se debe la designación de «jugador número doce» cuando se hace referencia al grueso de simpatizantes de Boca Juniors. Pero el comentarista futbolístico no era del todo imparcial. Rojas Paz nunca desmintió su simpatía por el equipo de Estudiantes de La Plata. Tanto era así que

cuando «El Negro de la Tribuna» se hallaba en la cancha, los jugadores de Estudiantes le pedían el sombrero para colgarlo, como un talismán, en un ángulo del arco.

Pero los rasgos que mejor definen la dimensión profunda de su espíritu se encuentran en sus libros, donde convergen la riqueza de un talento y una sensibilidad superiores. *La metáfora y el mundo*; *Arlequín*; *El perfil de nuestra expresión*; *El libro de las tres manzanas*; *Hombres grises*, *montañas azules* y *Hasta aquí nomás* fueron hitos insoslayables en el camino de sus más consecuentes predilecciones: el ensayo prieto de ideas y metáforas, por medio del cual buceó en la tradición y el carácter argentinos, y la narración empapada de fuerza evocativa, especialmente la novela *Hasta aquí nomás*, en la que describe la explotación del nativo en los ingenios azucareros y que podría considerarse nuestra primera «novela social», tal como se concibió al género posteriormente.

En 1936 Rojas Paz viajó a España, convulsionada por la guerra civil, para asistir al Congreso Mundial Antifascista, realizado en Valencia, donde conoció a intelectuales de la talla de Tolstoi, Malraux, Tzara, Alberti, Vallejo, Carpentier y algunos otros a cuyas personalidades se refirió más tarde en los lúcidos y amenos capítulos de *Cada cual y su mundo*. En ese libro figuran también medallones dedicados a escritores de otras épocas, como el de Charles Dickens, que fue vertido al inglés y adoptado en su momento como texto en escuelas inglesas.

De regreso a su país, enriquecido por el contacto de eminentes espíritus y traspasado el corazón por la tremenda experiencia de la guerra española, el escritor prosiguió su más íntima y fecunda labor. Pronunció conferencias, colaboró en diarios y revistas, recibió a escritores extranjeros que nos visitaban y fraternizó con ellos: García Lorca, Waldo Frank, Richard Lewellyn, Neruda y otros. Con su esposa, la popular «Rubia» Rojas Paz, formó parte insustituible de la vida literaria porteña.

Nuevos tomos se añaden a su densa producción: *El patio de la noche* (Premio Nacional), *El arpa remendada*, *Biografía de Buenos Aires*, *Campo argentino*, *Vida y costumbres*, *Raíces al cielo*, *Los cocheros de San Blas*, *Mármoles bajo la lluvia* (novela sobre su compatriota Lola Mora), *El laurel y los días*, *El canto de la llanura* —último libro publicado en vida del escritor— y dos biografías en las que resalta su interés y comprensión por la vida de dos insignes próceres: *Alberdi, ciudadano de la soledad* y *Echeverría, pastor de soledades* (Premio

Gerchunoff). Un año después de su muerte se publicó otro volumen de ensayos: *Lo pánico y lo cósmico*, en el que se sigue viendo a un escritor solicitado por reclamos dionisiacos y apolíneos, y por la melancolía secreta de las cosas.

El autor de *Mármoles bajo la lluvia* cultivó una prosa grávida, jocunda, reflexiva, de trasuntos metafísicos. Como Arlequín, personaje que glosó en perdurables párrafos, su obra está constituida por multiformes y coloridos retazos que se multiplican en citas y reminiscencias, anécdotas, imágenes de tensa carga lírica y datos eruditos, junto a la vislumbre cósmica o la frase oída al conductor del ómnibus. Rojas Paz gustaba del giro popular lo mismo que de la palabra sonora, plástica. Aun en su vocabulario de ensayista asoman con frecuencia expresiones de clara impregnación poética. Hasta los silencios en su prosa están henchidos de sugestión, de música interior, como las naves de una catedral cuando han cesado de sonar los acordes del órgano o la letanía de las plegarias.

Con ser tan sapiente escritor, no era un frío especialista de la literatura, sino, antes que otra cosa, un hombre, un alma que se estremecía ante el sentimiento del tiempo, del espacio sideral o de las hierbas menudas; de la obra de arte que resume en el milagro de unos vocablos, unos colores o unos compases simétricamente concertados, la nostalgia de la eternidad. Rojas Paz fue lo que podríamos denominar un espíritu panteísta, de algún modo religioso. En él cabía, con resonancias profundas, el misterio ya trágico o gozoso de las eternas incógnitas del hombre y el mundo.

En *Los cocheros de San Blas* —su libro más querido, junto con *El patio de la noche*— es donde las virtudes estilísticas alcanzan mayor originalidad y madurez. Obra prácticamente impar en nuestras letras, de muchos monólogos interiores y profundos atisbos, llena de esguinces verbales, de fulgores y penumbras: obra escrita «desde adentro», salpicada de recuerdos personales y esbozos de dramas y poemas, sus líneas se deslizan como lubricadas de ingenio y simpatía. De haber nacido en España, este notable escritor hubiera sido reconocido, seguramente, junto a otros grandes prosistas de la lengua.

Espíritu valiente, supo demostrar ante la adversidad una ejemplar fortaleza interior. No desmerecen al lado de sus más hermosas páginas las que dedicó, por ejemplo, a su alumno Blastein, asesinado en la calle,

durante una manifestación, en los primeros tiempos del gobierno de Perón, y las que tituló «Adiós a mis alumnos», escritas al ser exonerado de sus cátedras; allí expresó: «Pelear contra el pensamiento es como querer cortar un rayo de luz con una espada».

La mezquindad y la injusticia mordieron su alma en más de una ocasión, pero Pablo Rojas Paz supo ocultar pudorosamente sus heridas. Ni el prójimo ni las circunstancias lo trataron con excesiva bondad; sin embargo se dio siempre. Pese a la magnitud de su talento, a su elevada categoría literaria, vivió como un hijo de la tierra, junto a su pueblo. Todas las mañanas desayunaba cerca de su casa en compañía del farmacéutico, el florista y el corredor de comercio; luego marchaba hacia sus cátedras, desde las que proyectó su aleccionador mensaje, el espectáculo de su conducta que fue ejemplo para muchos jóvenes; después el periodismo, que le permitía tomar el pulso de la realidad, y hacia el final de la jornada, sus libros, sus cuartillas, donde, con el mismo amor que ponían al labrar el mármol o el metal los artistas del Renacimiento, fue componiendo su obra; una obra alquitarada cuya belleza expresiva tiene la solidez y la gracilidad de una columna dórica.

Lo vimos vivir con pesadumbre los últimos años de su existencia. Al respecto, González Carbalho escribió lo siguiente:

La Nación lo conmovía, la Nación de Echeverría y Paso, de Rivadavia y Alberdi, de Sarmiento y Hernández, le dictaba su proceder, y él obedecía. Pienso que el oficio de ser argentino, que ejercitó con la palabra y el ejemplo, aceleró su muerte. Los años de duelo, los que todos cargamos en nuestro «haber», acumularon sombra y sombra pesando como plomo en su corazón. Esos años traían la venganza de las cosas que habíamos despreciado, ensañándose con él, que no alimentó ese desprecio<sup>1</sup>.

Hacia quince días que su enfermedad le impedía cumplir con sus obligaciones de trabajo. El domingo 30 de setiembre de 1956 se hallaba postrado, pero lúcido, cuando pidió a su hijo Enrique Pablo que se aproximara. Sus palabras eran ya de despedida. «Hacete querer —le aconsejó— y si tenés ideas, defendelas». Luego le pidió la sección do-

<sup>1</sup> GONZÁLEZ CARBALHO, JOSÉ. *Pablo Rojas Paz*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas (ECA), 1963.

minical de *La Prensa*, donde había aparecido su cuento «El caballo ciego». Quiso ver la ilustración, la disposición del texto en la página. «¿Te lo leo?», preguntó el hijo. «No, me basta con haberlo escrito», fue la respuesta no exenta del gracejo o socarronería provinciana.

Pasó inmóvil el día domingo. Le cansaba hablar, ver gente. El único que entró en la habitación fue el novelista Miguel Ángel Asturias. Quiso darle la mano antes de partir. Y a las tres menos diez de la madrugada del lunes falleció. Dos años más tarde, en 1958, su esposa y su hijo, junto con un grupo de amigos y admiradores, llevaron sus restos a Tucumán para enterrarlos definitivamente en el cerro San Javier. Allí descansa el infatigable escritor de tanto esfuerzo, de tanta lucha, de tanto sueño.

Pocos días antes de la muerte de Pablo Rojas Paz compré *El canto de la llanura* y lo llamé por teléfono para visitarlo y pedirle que me firmara su libro. Acudí al departamento del piso 12, en Montevideo 1306, el mismo que años después ocuparía Rodolfo Modern con su familia. Un hombre de sonrisa triste, como agobiado, me abrió la puerta. Estaba solo. Me invitó a tomar asiento y autografió el libro que le llevaba con una dedicatoria hartamente generosa; al pie de la página dibujó, sin levantar la pluma del papel, una hoja de trébol. Más tarde leería en la introducción del libro: «Un ángel dijo: hagamos una hierba cuya hoja tenga los contornos del viento. Y siendo grato a la claridad mañanera ese capricho de la línea, el alba presiente en el rocío del trébol la luz del mediodía».

Recuerdo que le propuse el tema de los libros que habían escrito sobre nuestro país los viajeros ingleses. El tenía unas anotaciones que buscó infructuosamente. «Cuando las encuentre se las voy a facilitar», me dijo. En ese instante sonó la campanilla del teléfono. Rojas Paz fue despaciosamente hacia él y levantó el auricular. Una mujer lo llamaba y lo urgía a que la reconociera. «Perdóneme, estoy tan viejo que ya no recuerdo ni los nombres de los amigos», se disculpó con un dejo melancólico en la voz. Volvimos a discurrir unos instantes sobre los viajeros ingleses y luego nos despedimos. Me acompañó hasta la puerta y presionó el botón del ascensor. Mientras este subía los doce pisos me recomendó, a modo de consejo, no apartar nunca los ojos de nuestra realidad, no despreciar la infinita riqueza de nuestra tradición. En ese momento pensé que era un consejo que no me estaba dando solamente a mí, sino que quería darlo a todos los jóvenes escritores argentinos.

Pocos días después contemplé su última imagen, ya sin palabras; la de su rostro de cacique yacente, con los cabellos blancos que siempre había visto tirantes, engominados, esparcidos ahora sobre el edredón de su sueño definitivo. Su semblante estaba sereno, en paz, como el de un prócer austero que descansa al final de la jornada después de haber cumplido su misión.